

había descontado Aquiles las letras que había recibido? ¿Y qué iba á hacer á Europa?

Tras mucho pensarlo, me decidí á creer que para desorientar á los ladrones, á los pedigüeños y á los sablistas, Aquiles había propalado lo del viaje á Europa, pero que muy pronto vendría á reunirse conmigo. Sin embargo, ¿por qué había obtenido el dinero con pérdida? ¿por qué no me escribía? ¿por qué no averiguaba nada de mi paradero?

La carta de Jecker era de los fines de Agosto y estábamos á primeros de Octubre: tiempo era ya de tener noticia de Aquiles y de saber cuanto le concernía. Si pensaba tomar el paquete del treinta, apenas le alcanzaba el tiempo para ir á Veracruz y era lógico creer que, caso de marcharse para ultramar, me dejara papel ó mensajero que me explicaran un enigma que yo no podía resolver con los exiguos datos que me suministraba la carta de Juan Bautista.

Sin embargo, tras mucho cavilar, me dí á creer que habiendo salido mi novio para Michoacán, le habían cogido los ladrones en el camino, ó que él no se había resuelto á meterse en la boca del lobo sin tomar las precauciones del caso. Probablemente el día menos pensado aparecería acompañado de una escolta competente, dispuesto á rescatarme y á llevarme consigo para que disfrutáramos de nuestro dinero casados en paz y en gracia de Dios...

— Así, así debe de ser, me decía; Aquiles no puede haberse conformado como Juan Bautista, con que yo desapareciera como si hubiera sido una aguja en un pajar. Seguramente que cuando no tuvo noticias mías empezó por investigar cuidadosamente lo que hubiera pasado con la diligencia que me condujo; luego debe de haber procurado saber si del Moral había recibido las cartas que le estaban destinadas; después ha de haber tomado lenguas con los oficiales franceses, y rastreando, rastreando, conseguiría saber dónde y cómo vivía.

Claro que semejante inquisición no era cosa fácil; el hecho de que me hubieran llevado consigo los bandidos de Lanuza, el de haber emprendido aquella larga campaña en traje de hombre y el de haber quedado arrumbada en el último y más insignificante de los pueblos de tierra caliente, eran motivos más que sobrados para que ni el sabueso más diestro diera conmigo. Lógico era, pues, el pensar que habiendo emprendido Aquiles sus investigaciones con toda calma, las continuara sin descanso; y que estando resuelto á buscarme por cielo y tierra hubiera esparcido la falsa nueva de su viaje á Europa, á fin de encontrar pretexto para desaparecer sin que nadie le preguntara el motivo y de poder reducir á dinero las libranzas que Jecker le había entregado.

Luego aquello que á mi cuñado se le figuraba extraño y anormal podía tener explicación sencillísima, si acaso

Lapierre había averiguado (y averiguarlo era para él cosa de coser y cantar) que no hubiera tal seguridad de obtener los pagos y que conviniera descontar las libranzas aunque fuera perdiendo veinte ó treinta mil pesos en la operación. Pero como quiera que fuera, Aquiles no intentaría sino lo mejor y no tardaría en verle llegar á Uruapan lleno de amor, de dinero y de ansia de casarse.

También yo la tenía, y contando con la seguridad absoluta de que mi novio iba á llegar, dije á Génie algo que podía servir como prólogo indispensable del notición que le había de comunicar después. Mi hija no lo recibió tan mal como me imaginaba, y apenas se limitó á preguntarme generalidades, como si ya lo había pensado bastante, si había consultado la elección y algunas otras cosas que parecen de cajón. La satisface completamente acerca de ese y otros particulares, y después de escribir á Aquiles (no á otras personas que necesitaban explicaciones mayores de mi conducta y de mis andanzas), hice los arreglos para marcharme á México.

Pero entretanto no me faltaban motivos de distracción en Uruapan. Allí me encontré á mi guardián en el camino de Tacámbaro á Huetamo, al simpático Trinidad Villagómez, tan bondadoso, tan amable y tan comunicativo como siempre.

— Por Dios que la admiro á usted, señora, me dijo: ¿cómo había de figurarme que era una mujer quien de-

mostraba tamaños arrestos, poniéndose á combatir con los chinacos, caminando á pie y exponiéndose á ser víctima de mil vejaciones tan pronto como se descubriera su sexo?

Cuando le referí cómo me había escapado del pueblo, el amor de Toña Peinado y todo cuanto el lector discreto conoce por menudo, Villagómez se rió á más no poder.

— Conozco á la muchacha, me contó suspirando; es guapa y siento que no se hubiera mostrado conmigo, que la cortejé por la buena fin, tan amable como con usted, que nada hizo para conquistarla. Tengo ese defectillo, señora; me gusta el otro sexo, aunque como dice el director del Teatro Imperial de México hablando de Alfonso VIII:

Suprimo el tercer defecto
De que la historia le acusa;
Y es que le gustan las hembras,
Lo que para mí no es culpa.

Me sorprendí grandemente de que un chinaco conociera y citara á Zorrilla en pleno Michoacán, y le manifesté esa extrañeza que envolvía un elogio.

— ¡Oh, señora! me respondió; soy un estudiante destripado; cursé mis humanidades en el colegio de San Nicolás Hidalgo, y el año cincuenta y nueve, en que me metí á la chinaca, ya había concluído facultad menor y estudiaba segundo año de leyes.

Villagómez era bajito, grueso, doblado, de rostro algo bermejo, de ojos, pies y manos chicos. Solía tener ingenio

para referir chistes y era entre aquellos chinacates una excepción por su cortesanía y su talento, y sobre todo, porque empleaba agua y jabón en el cuidado de su persona.

Convidé á Villagómez para que comiera en mi com-



D. JOSÉ VICENTE VILLADA

pañía, y él con muy buena sombra me dijo: — Si lo hace usted para pagarme aquella media gallina con que la obsequié en el camino de Huetamo, no acepto el convite. Si lo hace por tenerme á su lado un rato, no necesito de que me llame á comer: aquí me estaré cuanto usted quiera y un poco más.

Le respondí de manera que quedara satisfecho, y cuando me pidió licencia para presentarme un amigo suyo llamado Vicente Villada, lo autoricé para que le convidara también á la mesa de don Germán.

Villada era un excelente muchacho; bajito, delgado, nervioso, sencillo é inteligente, me cautivó desde el pri-

mer momento por su sinceridad y por la honradez que se transparentaba en toda su persona. De sobremesa, mientras saboreábamos el exquisito café de la tierra, don Germán insinuó:

— Parece que mañana tendremos revista y que veremos formado y listo el Ejército del Centro.

— ¡El Ejército del Centro! murmuró amargamente Villada; ¡qué andaluzada la nuestra de llamar ejército á esta reunión de gentes sin armas, sin disciplina, sin jefes, sin cohesión, sin fe, sin nada!...

— ¿Qué dice usted, coronel? preguntó alarmado el viejo Olivos. ¿Sin fe? ¿Luego no tiene usted fe en el triunfo de nuestra causa?

— En el triunfo de nuestra causa, sí; creo en él como en mi propio ser; de otro modo no viviría... En lo que no tengo fe es en la utilidad de nuestros esfuerzos...

— Pues entonces ¿por qué pelea? ¿por qué sigue luchando? ¿por qué no se somete al imperio?

— Porque no creo bueno ese régimen, porque me repugna, porque no hay nada que lo legitime á mis ojos... Pero no por eso puedo creer en que sean útiles á la patria nuestros esfuerzos.

— Juárez...

— ¿Qué sabemos de Juárez? Lo que nos dicen los papeles imperialistas: que se fué á los Estados Unidos; que

Tomó II. — 136

renunció la presidencia; que está luchando con Ortega; que ha abandonado la causa republicana...

— Pero eso no es cierto.

— No debe de serlo; pero ¿cómo probamos que no lo sea?

— Luchando hasta lo último.

— Lucharemos; ¿y después?

— Después... Luchar más.

— No; mi plan es seguro; ya hemos hablado de eso Villagómez y yo: cuando no haya esperanza, cuando el imperio sea dueño de todo, cuando hayan matado á los mejores de los nuestros, entonces nos remontaremos á lo alto de la más alta serranía y allí viviremos sueltos, salvajes, sin tener más auxilios que el producto de nuestras manos: allí moriremos cuando nos llegue nuestra ocasión; pero no nos inclinaremos ante el enemigo, ni le pediremos nada.

— Pero debe de haber otros luchadores en la República.

— ¿Y quiénes son, dónde están, cómo se llaman, qué hacen, qué han hecho? No lo sabemos, no sabemos nada aquí donde se nos persigue como á perros rabiosos.

— Sin embargo...

— No, dijo Villagómez interviniendo; no tiene usted razón, don Germán: usted es un excelente patriota y su buen deseo le hace ver visiones... La situación no tiene

remedio... Para luchar ahora se necesita más que patriotismo, más que abnegación... Luchar por luchar, no es premio para los que, como nosotros, van á cumplir un deber... Quédese el incursionar por las haciendas, el robar el ganado, el *echar la pela* en todas sus formas para los Cantaritos, los Ugaldes, los Magdalenos, los Pablos Flores y otros cien; nosotros, que somos hombres honrados y que conocemos nuestro deber, no podemos hacer eso... ¡Luchar! Claro está que se debe luchar y que nosotros lucharemos siempre; pero ¿cuán duro es luchar sin tener más ideal que una bandera distante, que á veces se columbra en lontananza y á veces se pierde del todo en el horizonte!...

— Sin embargo...

— ¿Con quién contamos? Nuestro gobierno no nos suministra siquiera el auxilio espiritual de su aprobación: más de seis meses hace que no sabemos nada de Juárez ni de los suyos; ignoramos si en otros lugares del país se combate también al imperio; ignoramos si toda la República estará á los pies de Maximiliano é ignoramos todo... El pueblo por quien combatimos se nos muestra indiferente y hasta hostil... No sabe usted lo que se siente cuando viene pisándole los talones un piquete de caballería francesa bien montada, bien comida, bien pagada y llega la pobre tropita republicana á la hacienda que se ve á lo lejos, donde piensa comer, reponerse de las fatigas y hasta

resistir al enemigo. Al saber de su llegada, si el dueño es amigo, sale y le entrega á usted un caballejo flaco, la carne de una ternera desbarrancada, veinte pesos, algo en fin que no mejora en un ápice su situación y le dice: «Retírense, que ahí vienen los imperialistas... si no se van corro riesgo de que me quemén el rancho ó de que me fusilen...» Y emprende otra vez el camino aquella retahila de destroncados, de desvelados, de hambrientos, de desnudos, de tristes y de desarrapados, en medio de la obscuridad, de la lluvia, del hielo y de todas las inclemencias del tiempo, para llegar á otra hacienda donde le reciben á tiros, porque allí saben obsequiar las disposiciones imperiales... Claro que yo prefiero esta vida á comer los gallipavos que se sirven á la mesa de Maximiliano... pero ¿cuántos hay y ha habido que nos dejan no por falta de fe en la causa, sino por falta de fe en los medios de hacerla triunfar?

Callamos un buen rato, cuando nos vino á sacar de nuestro silencio el sonar de clarines y tambores.

— La revista que se prepara, exclamó Olivos.

— Vamos á dejar lista á nuestra gente, dijo Villada.

— Nos veremos mañana en la comida, insinuó Villagómez.

— Claro que nos veremos.

— Lleve usted á la señora, don Germán.

— Sí, la llevo.

... al día siguiente á las diez, fué la revista en el llano de las Magdalenas...



— ¿Irá usted?

— Si me convidan...

— ¡No se había de convidar á la familia del señor prefecto!

— Ni á la dama de honor de mamá Carlota.

— Allá nos veremos.

— Sí, allá nos veremos.

— Adiós, Licenciado.

— A los pies de usted, señora.

Marcháronse los coroneles, y al día siguiente á las diez, fué la revista en el llano de las Magdalenas, á orillas de Uruapan.

Tenía razón Villada: el espectáculo de aquellos mil quinientos hombres llamados ejército, con los que apenas habría podido formarse un mediano batallón y que se denominaban pomposamente divisiones, brigadas, regimientos y cuanto se quería, ese espectáculo, digo, era para infundir compasión.

Los jefes abatidos, tristes, mal ajuarados, sin mantenimientos; los soldados caminando á la fuerza y retenidos no por la convicción ni por la disciplina, sino por el temor del castigo... Sólo la chinaca brava lucía hermosos caballos, ricas monturas, aspecto decidido y animación en las fisonomías.

Entregó Arteaga la bandera que en lo adelante había de llevar uno de los regimientos, y la reunión se disolvió

conforme, satisfecha y alegre, pues se tenía seguridad de causar al imperio muchos disgustos al formar este núcleo que podía alcanzar extensión mayor de la que entonces contaba. A medio día nos trasladamos á una de las más lindas huertas de Uruapan, donde se sirvió un rico almuerzo formado con platos al estilo del país. Si los tiempos hubieran sido otros, de seguro que no habría probado gota de aquellos manjares; pero en ocho meses de no comer más que totopo, arroz y chile verde, mi estómago y mi paladar habíanse acostumbrado á los más tremendos potajes de la cocina india.

Tocóme estar cerca de un teniente coronel que vive todavía, y que me entretuvo largo rato contándome *res et gesta* de todas las gentes congregadas en la reunión.

— ¿Ve usted, me dijo á ese calvo, de gafas, fisonomía abierta y franca? Es Vicente Riva Palacio, general nuestro y hombre más de leyes que de muelles... Le muerden y murmuran los de la chinaca llamándole con mil motes desagradables; pero él no hace caso de lo que cuenten ó dejen de contar de su persona, y aunque tiene, como todos los hombres de pluma, el afán de las proezas militares y suele echársela de la gloriosa, no cabe duda que es hombre de buena fe, de mejores servicios y que ha dado muestras de valor cuando ha sido menester... No hace mucho que llegó á una reunión que tenía lo más crudo de la chinaca, acompañado apenas de un escribientillo que

le sirve de secretario, y de su ordenanza *Tantalancha*... Se le había desconocido, se le había injuriado, se había resuelto no someterse á él jamás, y cuando llegó en su caballo flaco, con su pistolita Lefauchaux y su escribiente



D. VICENTE RIVA PALACIO

tartamudo, pidiendo permiso para penetrar á aquel conciliábulo en que rugían los odios más tremendos, todo el mundo creyó amedrentarle con sus broncas y con sus bravatas... Nada de eso; Vicente se metió entre el gentío, le arengó, le demostró la inconveniencia de su conducta,